

relato

Los cuatro ríos

Yuko Mishima.

Traducción de
Akira Sugiyama

Justamente ahora cuando después de seis años de trabajo estoy llegando al final de "El mar de la fertilidad", el Almacén Tobu me propone hacer una exposición. Además, mi vida como escritor cumple un cuarto de siglo, y he sentido que era hora de poner las cosas en orden. Por ello, acepté complacido la realización de este proyecto. El escritor está acabado cuando empieza a volver la mirada hacia el pasado de su labor literaria; mas no tiene qué impedir que terceros lo hagan. Yo les propuse que dividiesen en cuatro corrientes los 45 años de mi vida llena de contradicciones, y que diseñasen la exposición de manera que desembocasen en el mar de la "fertilidad" los cuatro ríos: "libros", "teatro", "cuerpo" y "acción". Así el visitante podrá dar una vuelta por el local eligiendo únicamente el río que le guste, y evitando el que le desagrade. Por supuesto, quedará muy agradecido a aquéllos que recorrieron todos los cuatro ríos, aunque me resulta inconcebible pensar que sean muchos los que tengan tal interés.

EL RIO DE LOS LIBROS

Este río con la donosura de sus aguas ayuda la labranza de mis campos, sostiene mi vivir, pero a veces se desborda y me veo a punto de perecer ahogado. Con el transcurso del tiempo y el cambio de las estaciones, este río exige una infinita perseverancia y una labor diaria. ¡Cuánto se parecen el escribir y la labranza! Frente a la tempestad y a la escarcha, el espíritu no puede abandonarse al descuido ni un solo momento; tiene que vigilar constantemente el campo de cultivo, y al cabo de una labranza interminable de la poesía y la imaginación, no se puede predecir qué tipo de fertilidad ha de cosecharse. Los libros escritos se separan de uno, y ya no sirven como sustento del corazón sino sólo como látigo hacia el futuro. ¡Cuántas noches ardientes. Cuántas horas de desesperación gastadas en estos libros! Si su recuerdo se mantuviera acumulado en mí sin duda alguna enloquecería. . . . Sin embargo, hoy también tengo que continuar escribiendo, una línea más, y luego otra más; es ya mi única manera de vivir.

EL RIO DEL TEATRO

Antes el teatro era para mí como una fiesta nocturna a la que yo acudía jubiloso después de terminar mi trabajo. Allí encontraba un mundo lleno de resplandor. En bellos escenarios, vestidos de bellos trajes, los personajes de mi creación reían, se enojaban, se ponían tristes, bailaban. Y quien gobernaba todo aquello tras bambalinas era yo, el dramaturgo. . . . Sin embargo, aquel placer poco a poco se fue convirtiendo en amargura. Toda aquella alquimia que servía para dar al público la ilusión del momento más glorioso de la vida, y mostrarle una encarnación terrena de la belleza, fue corroyendo paulatinamente mi corazón. Pero la soledad del dramaturgo no es más que su quejumbre cotidiana. Si bien por sus venas corre sangre artificial, el teatro, lleno de brillo y esplendor, nos brinda una experiencia tal vez más intensa y profunda que la vida misma, logrando influenciar y enriquecer a las personas. Así como la música y la arquitectura, el teatro posee una estructura abstracta y lógica, cuya belleza es un modelo del "arte ideal" que palpita siempre en el fondo de mi corazón.

EL RIO DEL CUERPO

Este fue un río nuevo a cuyas aguas accedí cuando ya me encontraba bien entrado en mi vida. No me satisfacía que el espíritu, siendo invisible, siguiera creando una belleza visible. ¿Qué tiene de malo que tome el espíritu mismo una forma visible? Pero para llevar a cabo dicha empresa el requisito indispensable era el cuerpo. Cuando al fin logré conseguirlo, al igual que un niño que ha conseguido un juguete nuevo, se lo mostraba a todos, me enorgullecía de tenerlo, y me daban ganas de hacerlo actuar delante de todos. Mi cuerpo era para mí, por decirlo así, un flamante coche nuevo. Este río me invitaba a hacer diversos paseos en mi flamante coche nuevo; y ciertos paisajes, antes desconocidos, enriquecieron el caudal de mi experiencia. Sin embargo, al cuerpo, como a las máquinas, le llega la decadencia; es su destino. Un destino que yo no acepto. Ello significa no aceptar la naturaleza, y yo diría entonces que mi cuerpo avanza por el camino más peligroso.

EL RIO DE LA ACCION

El río del cuerpo con suma naturalidad me abrió las puertas del río de la acción. No le ocurriría lo mismo a un cuerpo de mujer. El cuerpo del hombre, por su naturaleza y por sus funciones inherentes, lo arrastra a uno quiéralo o no, hacia el río de la acción. Es el río más temible, que corre por la selva. Hay cocodrilos, también pirañas y desde la tribu enemiga llueven flechas envenenadas. Este río y el río de los libros chocan de frente. Por más que insista en la compatibilidad del arte de la pluma y la de la espada, la verdadera compatibilidad, seguramente, sólo ha de lograrse en el momento de la muerte. Sin embargo, en este río de la acción hay lágrimas, hay sangre, hay sudor que desconoce el río de los libros.

Hay un encuentro de almas sin mediar en ello las palabras. Y esto mismo hace que este río se convierta en el más peligroso de los ríos; es lógico que a la gente no le guste acercarse a sus riberas. Este río no posee la dulzura del riego para la labranza. No trae riqueza ni paz. Tampoco trae descanso. . . . Sólo que si uno es hombre, no puede, por mucho que lo quiera, vencer la tentación de este río.